

MARTA R. COSTA-JUSSÀ

M. J. BAUSÀ

EL SUEÑO DE MIA

Una alucinante aventura en el interior
de la inteligencia artificial



DESTINO

MARTA R. COSTA-JUSSÀ

M. J. BAUSÀ

EL SUEÑO —DE MIA—

**Una alucinante aventura en el interior
de la inteligencia artificial**

Ilustraciones de ALBERTO VALERO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Marta R. Costa-jussà y M. J. Bausà, 2023

© de las ilustraciones de interior y cubierta: Alberto Valero, 2023

© Editorial Planeta S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2023

ISBN: 978-84-08-27099-7

Depósito legal: B. 9.823-2023

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

EL SEGUNDO VIOLÍN

Jan Sendra tenía algo que decir, y se disponía a decirlo.

—Ya sé que no soy especial —comenzó, con voz alta y clara—. Mi perfil académico no es el más brillante del mundo... aunque siempre saco sobresaliente en Matemáticas. —Agitó una mano con modestia, como si quisiera impedir un aplauso, y agregó—: Pero mis conocimientos solo son excepcionales si los comparamos con el resto de mis compañeros de instituto. En el fondo, no soy más que un chico de catorce años. Un chico del montón. Un chico que no tiene mucho éxito con las chicas y ocupa su tiempo libre con los números.

Jan se detuvo unos instantes, para permitir que su interlocutor riera el último chiste, y continuó.

—Soy consciente de todo eso —afirmó—. Y sé, también, que Exya es uno de los laboratorios de inteligencia artificial más importantes del mundo. Y que el curso de verano que convoca cada año para jóvenes talentos está dirigido a chi-

cos y chicas más preparados que yo; jóvenes cuyos padres son científicos o ingenieros famosos, y que, seguramente, ya tienen plaza asegurada en alguna prestigiosa universidad...

Hizo otra pausa, esta vez un poco más larga. Ahora tocaba darlo todo en la conclusión.

—Pero yo deseo con todas mis fuerzas ir a Exya. De verdad, tengo que ir a ese curso porque... porque sueño con cambiar el mundo. ¡Hay tantas cosas que me preocupan!



¡Tantos retos a los que se enfrenta mi generación!



Y estoy convencido de que **la inteligencia artificial es la herramienta más poderosa con la que contamos para decidir qué tipo de futuro queremos.**—Se encogió de hombros—. Simplemente, me gustaría ser una *pequeña* parte de esa decisión.

Jan permaneció unos segundos en silencio, tranquilo y sereno, con los ojos clavados en el espejo que tenía delante, mientras su reflejo le devolvía la misma mirada.

«Me ha quedado perfecto», pensó. Elevó sus pulgares hacia arriba, y su reflejo imitó el gesto. Había estado muy bien. Firme y convincente. No había titubeado ni una sola vez, y había dicho lo que quería decir...

Pero soltarle ese discurso al espejo era una cosa. Y otra, muy diferente, era decírselo a otra persona.

El problema era que, al hablar con la gente, Jan solía aturullarse; las ideas se enredaban en su lengua y acababa



soltando un montón de incoherencias rojo como un tomate. En consecuencia, solía comunicarse lo imprescindible con los demás.

Menos con Nuria, su profesora de Matemáticas. Jan se sabía su ojito derecho y por eso había decidido pedirle a ella la carta de recomendación que debía adjuntar a la solicitud de ingreso en Exya. Pero llevaba más de un mes intentado armarse de valor para hacerlo, y, como remate, había pasado la última media hora ensayando aquel discurso en los baños del instituto.

¿De qué tenía miedo?

¿De una negativa? En el fondo, Jan sabía que Nuria le escribiría aquella carta de mil amores. Entonces, ¿cómo había dejado pasar el tiempo hasta llegar al último día del curso sin hablarle de sus planes? ¡Hoy mismo comenzaban las vacaciones de verano! Y lo que era peor. Solo quedaban tres horas de plazo para que la solicitud de ingreso se cerrara.

Jan se contempló en el espejo. Y lo que vio no le causó demasiado entusiasmo: un chico de catorce años, ni más alto ni más bajo que la media, con el pelo y los ojos castaños, como la media, con una de esas caras que se olvidan fácilmente, y con su camiseta preferida muy parecida a la que llevaba el 43,2 % del alumnado en aquel día (valor real que había calculado en un rato de aburrimiento).

—Así que quieres entrar en Exya, ¿eh? —le preguntó a su reflejo en voz alta—. ¿En serio? ¿Qué tienes tú de excepcional, *pringao*?

—¿Estás hablando solo?

Jan se dio la vuelta con cara de susto. Eduard, uno de sus compañeros de clase, acababa de entrar en los baños.

—No...

—Claro que sí. Acabas de llamarte *pringao*.

—Que no... lo que he dicho es... eh... ¡pringoso! —improvisó Jan—. He dicho que todo está *pringoso*. Hecho un asco. Nadie utiliza los baños con civismo, qué vergüenza... —concluyó con desaprobación.

—Vale. —El otro se encogió de hombros. Estaba bastante acostumbrado a las rarezas de Jan, pues eran amigos desde primaria—. Por cierto, ¿te has apuntado ya al ecocampamento de este verano?

—Hum... no sé si iré.

—¿Qué? ¿Por qué no? —se escandalizó Eduard. A ambos chicos los unía su amor por la naturaleza, la otra pasión de Jan además de las matemáticas, y no habían fallado ni un solo verano a aquella cita—. Pero ¡si va a ser la bomba! Visitaremos una granja ecológica, cultivaremos nuestro propio huerto, habrá concursos, yincanas, excursiones... ¡y la Fiesta Cowboy! ¿Vas a perdértela? ¡El año pasado fuiste el campeón de lazo en el rodeo Pokémon! —le recordó—. ¡Cazaste todas las figuritas!

—De hecho, batí un récord —puntualizó Jan.

—Es verdad.

—Lo siento mucho, tío. Pero este año quiero probar algo diferente. Hay un curso de inteligencia artificial al que me gustaría ir... Bueno, si me atrevo a pedirle una carta de recomendación a Nuria, claro.

—Nuria, ¿la profe? ¡Pues se ha ido ya hace un buen rato, colega!

—¿Qué?

—Terminó la clase antes de hora porque tenía que coger un avión, o no sé qué...

—Pero, pero... ¡no se ha despedido de mí! —balbució Jan, desconcertado.

—Es que tenía mucha prisa... Pero te ha firmado el anuario antes de irse, y creo que también te ha escrito algo en el portátil... ¡Oye!, ¿dónde vas?

Jan no le contestó. Había salido en estampida del baño y ahora corría por el pasillo en dirección al parquin del instituto. Abrió las puertas de golpe y miró a su alrede-



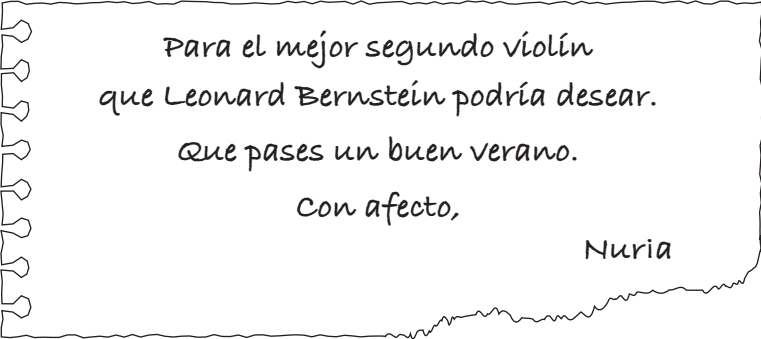
dor con los ojos entornados bajo el sol de mediodía. Conocía el coche de Nuria. Era un viejo trasto color amarillo chillón adornado por mil abolladuras. Pero en el parque quedaban ya pocos vehículos...

Y ninguno era el de su profesora de mates.

Volvió a entrar. Puso rumbo al aula arrastrando los pies. El timbre sonó en ese momento, anunciando el fin de las clases, y una riada de alumnos inundó el pasillo camino de la libertad estival. Jan se abrió paso entre ellos, como un salmón a contracorriente. Un salmón muy deprimido, todo hay que decir.

Al llegar al aula vacía se acercó hacia su pupitre. Al lado del portátil estaba su anuario. Solo dos personas le habían escrito una dedicatoria. La popularidad no era uno de sus puntos fuertes. Eduard le había dibujado un Demogorgon en traje de baño y con un flotador en la cintura. Este chico no maduraba...

Leyó la de su profesora:



Para el mejor segundo violín
que Leonard Bernstein podría desear.

Que pases un buen verano.

Con afecto,

Nuria